

LOS PÉTALOS DORMIDOS

Adrián Rivera Arco

Entre los cuentos que han escuchado o que ya conocen, permítanme referirme al del origen de una de las más bellas flores de cualquier jardín. Como no hay cuento que se precie sin el consabido “Érase una vez”, comenzaré así: Érase una vez... dos enamorados, que son, como otros tantos de otras tantas historias, los pilares de este relato.

La pareja se componía de un apuesto caballero y de una bella princesa. Ambos se amaban de una forma tan intensa que deseaban pasar el resto de su vida unidos por un enlace matrimonial. Pero la princesa, que desconfiaba del amor cortés y deseaba sentirse segura de la fidelidad de su amante, pidió que le regalase la flor más hermosa de la que hubiese imagen. El oficio del amor no es igual para quien lo teje que para quien viste un traje. El caballero, que supuso que su propósito sería de fácil consecución, prometió que así lo haría: su búsqueda de una flor tan hermosa opacaría la del Santo Grial.



Ni dalias ni orquídeas ni lantanas ni margaritas eran suficientes para su enamorada. El leal pretendiente, entonces, decidió adentrarse en el bosque mágico de un reino de nombre no manifestado.

En tal lugar existía un pequeño prado que, en realidad, era el diminuto reino de las flores de pétalos rojos y de sus enemigos, los tallos con afiladas espinas. El caballero, que pecaba de supersticioso, pensó ante tal imagen que los amenazantes tallos serían los hombres que habían cometido males y se habían reencarnado en brotes carentes de flores, y que las bellas flores serían mujeres bondadosas reencarnadas en una apacible gloria. Pero el caballero también era un hombre sensato, y sabía que no existen personas plenamente malvadas ni absolutamente compasivas.

Inesperadamente, escuchó sorprendido el llanto de los tallos, quienes, no poseyendo frondosos pétalos, eran víctimas de humillaciones por parte de las hermosas flores. Entonces, el caballero preguntó a los pobres brotes:

—¿Por qué, señores, no valoran el hecho de haber nacido aun cuando no puedan florecer?

Preguntó de igual modo a las flores:

—¿Por qué, señoritas, ya que son tan bellas, no se sienten felices de serlo y dejan así de herir a los que no tienen la suerte de compartir semejante fortuna?

El sabio caballero comprendió que había pecado como tantos otros al visitar aquel mágico prado y llevarse consigo las flores más bellas externamente, en vez de las más hermosas por dentro. Mientras que los tallos no se sentían amados, las flores se negaban a amar, dando por sentado que todo el mundo las querría para sí. Al observar

más profundamente aquel mundo en miniatura que los hombres solo visitaban para conseguir lo que más ansiaban, el caballero se percató de la vanidad de las flores, que las llevaba a despreciar a quienes eran diferentes, en tanto que las inseguridades de los tallos empezaban a echar raíces bajo la tierra. Aunque lo que le causó más asombro era que los tallos estuvieran persistentemente tristes y que las flores no fueran capaces de ser felices continuamente, aun a pesar de su hermosura. Cómo era posible, meditó nuestro hidalgo, que, en un seno tan alejado del egoísmo humano, estuvieran también presentes prejuicios y desigualdades.

En aquella situación, contempló un robusto tallo y una flor de frondosos pétalos escarlata que permanecían en silencio. El caballero marchó, pero en su propósito alentaba una mirada furtiva que penetrara en el enigma de aquellas dos contrarias figuras. Con la aparición de la luna, y a través de pobladas ramas, vio cómo aquellas distintas especies se amaban en secreto. Nunca antes había contemplado un amor tan tierno como el que se había entablado entre dos seres que no podían manifestar su cariño ni tocarse, por el daño que podrían causar a los pétalos las espinas del tallo. Desconsolado, escuchó cómo ambos enamorados se amaban bajo lágrimas, mientras todos dormían, negándose al mínimo roce de una caricia.

El caballero abandonó el prado al abrazo del sol. El propósito inicial de conseguir el amor de la princesa a la que amaba no se hizo realidad, ya que ninguna otra flor merecería la conquista de su eterna enamorada.

Cuando transcurrió el tiempo, volvió a visitar aquel mágico prado, y pudo ver que todos los tallos y todas las flores habían marchitado. Únicamente los dos enamorados seguían con vida. El caballero, entonces, preguntó:

—Señor tallo, ¿cómo es posible que continúe vivo?

El tallo respondió:

—Las flores en verano mueren asfixiadas de calor en el interior de su vitrina de pétalos, por lo que rasgué con mis espinas algunos pétalos de mi amada flor para salvarle la vida.

El caballero le hizo la misma pregunta a ella:

—Señorita flor, ¿cómo es posible que siga viva?

—Los tallos en invierno mueren por efecto de las gélidas ventiscas, por lo que me despojé de varios de mis pétalos para arroparlo y salvarle así la vida.

En aquella guerra en que se había levantado un muro de odio, habían fracasado todos, y solo había perdurado el amor entre estos dos seres.

El caballero pensó en la manera de conseguir que ambas especies pudieran amarse. Entonces, agudizando el ingenio, decidió cortar el delgado tallo de la flor para unir su capullo al espinoso y grueso cuerpo de su amado, logrando de esta forma una unión más estrecha de lo que jamás podían haber esperado.

Cuando, finalmente, entregó esta flor a la princesa, ella, pletórica, solo pudo decir:

—Nunca había conocido un ser de esta naturaleza. ¿Cuál debería ser su nombre?

—Esta es la flor de los enamorados —respondió el caballero—. Trataremos de que nunca se marchite, para que pueda cumplir su propósito, que es conciliar a los que se aman. He aquí la que será conocida durante toda la eternidad como “rosa”.

Ahora ya conocen el origen de esta flor que alguna vez han admirado, oído o regalado, y cuya contemplación nos recuerda a la persona a quien amamos. Así ha llegado a su fin este cuento.